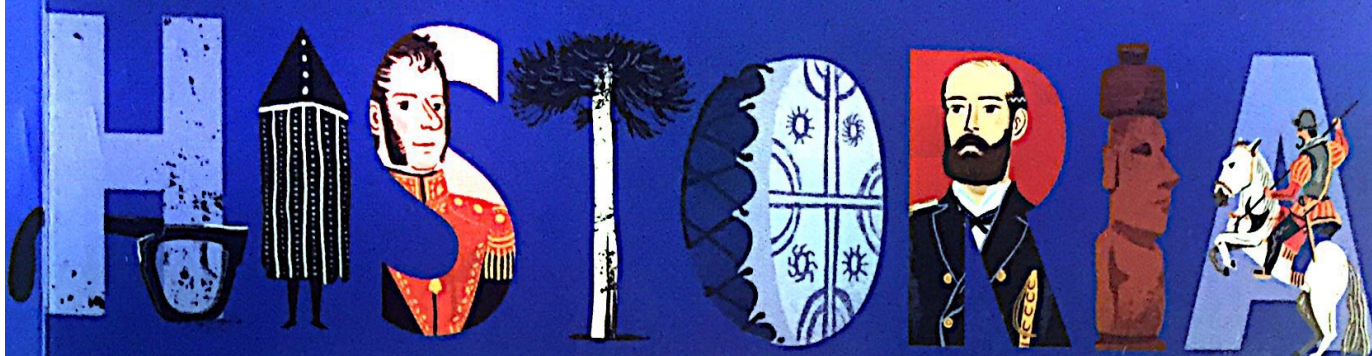


J O A Q U Í N B A R A Ñ A O



## VOLUMEN I

Un relato desde el poblamiento de Chile hasta la guerra del Pacífico, a través de 147 curiosidades

 Planeta

CAPÍTULO 4  
EL NACIMIENTO DE LA REPÚBLICA  
(y una lactancia repleta de chanchitos)

La Patria Vieja

A lo largo del Imperio la idea de vivir en una colonia gobernada desde Madrid resultaba cada vez más añeja. Las restricciones económicas, el autoritarismo y los privilegios de peninsulares por sobre criollos comenzaban a apestar. A los nacidos en América les estaban vetadas actividades comerciales y las frecuentes crisis del tesoro desencadenaban pesados tributos.

Considere el caso del tataratatarabuelo de Sebastián Piñera, Juan Martínez de Rozas. Era un brillante abogado nacido en Mendoza cuando aún pertenecía a Chile, la tierra donde todo dibujo infantil incluye cordillera de fondo. Por ser criollo, los cargos de poder le estaban vedados y debía contentarse con oficiar de secretario del gobernador Francisco García Carrasco, cuya limitada inteligencia llevó a un autor a tacharlo de “pelmazo”. Amunátegui dice que García Carrasco era “la vulgaridad más desnuda”. Frequentaba riñas de gallos, y al vencido le cortaba la cabeza con su propia mano. Se le criticaban amoríos con “la etíope Magdalena”, una sirvienta de raza negra de su cocina. “Para acabar de hacerse ridículo tenía una negra denominada Rita, vieja y fea, antigua criada que lo disponía todo en palacio, y que ejercía gran predominio en el ánimo de su amo” (Amunátegui, recordemos, es pre #MeToo).

Los eventos de la alta política internacional ejercieron más presión. Primero fue la Independencia de Estados Unidos, que

mostró una atractiva alternativa para las facciones más osadas. Más tarde fue Haití. Si incluso los esclavos fueron capaces de conseguir la independencia ¿Qué no podría una gobernación criolla semieducada en Europa?

En Europa, un megalómano corso bautizado como Napoleone di Buonaparte guerreaba contra todo lo que se moviera. La oposición fue liderada por el Reino Unido, por lo que Napoleón mandó bloquear sus redes comerciales. La mayoría acató, pero no los portugueses, yuntas inseparables de los británicos desde una alianza de 1373. La desobediencia portuguesa le dio pretexto a Napoleón para invadirlos en 1808. España, por entonces aliado de Francia, sería un mero pasadizo para las tropas, pero entre pito y flauta acabó bajo el yugo napoleónico.

Fernando VII de España, apodado “El Deseado” o “El Rey Felón” dependiendo de a quien le pregunte, fue depuesto. Siguiendo la costumbre de repartir botines en familia, Napoleón encomendó el trono a su hermano José. El pueblo lo apodó Pepe Botella por su supuesto alcoholismo, aun cuando un testigo estadounidense dijo que nunca vio una persona más abstemia, “ni siquiera una dama”.

La usurpación destapó alarmas en ultramar. Incluso Carlota de Borbón, consorte-regente del Imperio portugués desde su palacio en Río de Janeiro, demandó la corona que su hermano Fernando VII dejaba vacante. Los ciudadanos de a pie en las colonias reaccionaron con ferviente fidelidad a la madre patria. Los criollos se pusieron con lucas para al esfuerzo bélico y los jóvenes de abolengo —entre ellos el futuro presidente Pinto— lucían imágenes del rey destronado en sus sombreros.

Acéfalos, los súbditos se organizaron en torno a un Consejo de Regencia que convocó a una asamblea. Cada colonia debía enviar un representante a España. Entre los criollos americanos el apoyo fue minoritario. La mayoría estimaba que el Consejo de Regencia representaba al pueblo peninsular, pero no al rey, soberano exclusivo de las colonias.

A ojos de los incondicionales a la Corona, la emancipación era imprescindible para preservar la autonomía respecto del Imperio francés. Ganó fuerza la moción de constituir una junta de notables hasta que el monarca fuese liberado.

Durante el mismo 1808 que vio caer a Fernando VII, el Scorpion, un barco británico, atracó en nuestras costas con el supuesto objetivo de cazar ballenas. El verdadero propósito era contrabandear tela británica, violando el monopolio español en el comercio con sus colonias (cosas del siglo XIX que la coartada para presumir de inocencia fuera ¡matar ballenas!). Un grupo de residentes resolvió secuestrar la carga, y lograron que García Carrasco y Martínez de Rozas los surtiera de anonimato y de la colaboración de los Dragones a cambio de una suculenta tajada de las ganancias.

Un escuadrón de Dragones disfrazados cargó lingotes de cobre en el Scorpion, supuesto pago de la carga. Luego el capitán y ocho marineros fueron invitados a un banquete en tierra. En una movida digna de los Corleone, fueron baleados en plena cena. Mientras el resto de la tripulación huía, los Dragones saquearon el Scorpion. El ardid se hizo público y, tanto García Carrasco como el antepasado de Piñera se vieron forzados a dimitir. A los involucrados se los conocía como “los escorpionistas”.

En reemplazo de García Carrasco, en julio de 1810 asumió en forma interina el anciano Mateo de Toro y Zambrano. Corresponía por ser el militar más antiguo en Chile, la tierra donde los bomberos no reciben sueldo.

Durante su mandato el ambiente se caldeó todavía más a causa de la circulación del *Catecismo político cristiano*. Era un incendiario documento que circulaba por América, adaptado a Chile por algún anónimo bajo el seudónimo de José Amor de la Patria (al parecer el chuquisaqueño Jaime Zudáñez). Declaraba el ultramar español como “colonias y factorías miserables” e instigaba a formar juntas de gobierno. Argüía que el poder se origina en el pueblo y este lo deposita en el rey. No habiendo rey, el poder vuelve a su fuente originaria.

Para resolver el eventual reconocimiento del Consejo de Regencia, Toro y Zambrano aceptó convocar un cabildo abierto, una fórmula antiquísima empleada ante emergencias. Era el mismo procedimiento celebrado en mayo en Argentina que desembocó en una junta de gobierno presidida por el potosino Cornelio Saavedra, abuelo del militar que décadas después iba a pasar máquina en la Araucanía.

De entre los más fieles defensores del orden establecido se procuró invitar solo a los ausentes, o a aquellos impedidos de asistir. Se fijó como fecha el 18 de septiembre, para júbilo de futuros fonderos y volantineros necesitados de aire primaveral.

Ante el horror de los españoles, la asamblea avanzó al punto de constituir la Primera Junta Nacional de Gobierno, con abuelito Toro y Zambrano como presidente. El suceso nos convertiría en el 12° país más antiguo en su forma político-constitucional actual (con Haití como uno de los notables predecesores), aunque el hito es más prematuro que humitas de noviembre. Ese día no se proclamó realmente un nuevo país independiente. Se declararon las intenciones de iniciar un proceso respecto de cuyo desenlace no había nada parecido al consenso.

Interpretaron las Leyes de Indias en el sentido de que las colonias eran posesión del rey de España, no de España. Solo habría que galletear al rey mientras Napoleón le mantuviese la pata encima. La fidelidad al monarca quedó estampada con meridiana claridad en el acta: "Todos los cuerpos militares, jefes, prelados, religiosos y vecinos juraron en el mismo acto obediencia y fidelidad a dicha junta instalada así en nombre del señor Don Fernando Séptimo, a quien estará siempre sujeta". La junta cerró con sonoro "¡Viva el Rey!". Cada año conmemoramos con vino y anticuchos un acontecimiento cuya finalidad ostensible era la de reafirmar la fidelidad a un hombre que en su perra vida había pisado Chile. Hay que entender que en aquel entonces el rey era mucho más que una figura política. Los súbditos sentían una relación casi filial,

fruto de la crianza y tradiciones de toda una vida. No era fácil cortar de plano.

Esa noche hubo jolgorio general. Iluminación, fuegos artificiales, tañido de campanas y esquinazos frente al domicilio de los protagonistas. Fue el primero de muchos dieciochos. Durante días, una orquesta tocó la *Marcha de la guillotina* frente a la casa de cada oidor, como se denominaban a los jueces que conformaban la Real Audiencia.

Entre las primeras reformas estuvo la apertura de los puertos al tráfico con todas las naciones. Los comerciantes, congregados en el Consulado, resultaron ser proteccionistas y se pronunciaron tres veces en contra de la moción. La Junta lo aprobó de todas formas.

Toro y Zambrano acarreaba 83 años a cuestas. Era, en palabras de un autor, un “presidente pelele” para Martínez de Rozas. Ya de frágil memoria, solía inclinarse por quienquiera fuera el último en hablar. De hecho, no iba a vivir para enterarse del desenlace (*spoiler alert*: la Independencia).

Tras el deceso del tata Toro y Zambrano, Martínez de Rozas asumió la jefatura, no obstante la aún fresca corruptela del Scorpion. Entre sus primeras pegas estuvo barrer con la contrarrevolución de Tomás de Figueroa. El día de la elección del primer Congreso, el 1 de abril de 1811, este arrebatado coronel llevó tropas a la Plaza Mayor dispuesto a impedir la votación. Fue una bravata descabellada, con planificación nula y apoyo diminuto. Tras un breve conato los sublevados se desbandaron y el cabecilla se refugió en el convento de Santo Domingo. Fue aprehendido y fusilado esa misma noche.

Martínez de Rozas acusó a la Real Audiencia de instigar el desaguisado. Los oidores españoles que la conformaban abdicaron para evitar que el torbellino revolucionario acabara por engullirlos. La Junta, claro está, no manifestó intención alguna de reemplazarlos, poniendo con ello fin al poder político español. Por el momento...

La mayoría del recién electo Congreso solicitaba más autonomía sin llegar a cortar el cordón umbilical con España. De hecho, en la jura se confirmó la fidelidad a Fernando VII proclamada ese 18 de septiembre. No fuera a ser cosa que comenzaran a rodar cabezas, el escabroso antecedente de la no tan lejana Revolución francesa.

El grupúsculo que abogaba por la Independencia total y súbita era minoría. Quienes pensaban distinto los llamaban "exaltados". Ellos en cambio se llamaban a sí mismos "patriotas", y reservaban para los rivales que los denostaban un apodo étnico: "sarracenos". A juicio de los exaltados, la deposición del rey evidenciaba la debilidad militar del imperio y aseguraba que las tropas estarían ocupadas en otros frentes.

En esa etapa embrionaria incluso el poder ejecutivo se entendió a sí mismo como un órgano transitorio, a la espera de que el retorno del rey retrotrajese todo a la normalidad. Fue con el paso de los meses que los exaltados ganaron terreno. En especial, a partir de la llegada desde Cádiz, sede del Consejo de Regencia de España y las Indias y meollo de la agitación política, del hijo de uno de los vocales proclamados el 18 de septiembre. Era un militar energético, que no se iba con medias tintas, miembro de un clan de origen vasco: José Miguel Carrera.

Era, parafraseando a Jorge Baradit, un principito arrogante e incorregible, mujeriego, dado al carrete y las peleas, alto, bello, encantador y ostentoso, un verdadero zorrón insoportable. El Príncipe de los Caminos, lo llamó Neruda. Acumulaba tres expedientes por asesinatos. Uno de ellos a los 18 años, cuando mató a un niño indígena en Talagante. Su padre lo envió a Lima para alejarlo de líos de faldas, zafar de jaleos y aquietarlo, como diría Aylwin, en la medida de lo posible. Mary Graham escribió que "hasta sus partidarios confiesan que carecía de cordura".

En septiembre de 1811, los hermanos José Miguel, Juan José y Luis Carrera resolvieron imponer la Independencia por la fuerza (el uso de la "fuerza" le sentaba particularmente bien a Juan José,

de quien se decía que podía detener un coche cogiendo la rueda o sacar un caballo caído en un pozo tirándolo por las orejas). Los Carrera se aliaron con Martínez de Rozas y con los Larraín. Aquí viene el caso distinguir las dos ramas de los Larraín. Por un lado, estaban los Marqueses, que iniciaron actividades en Chile en la chacra de Tobalaba. Siguen presentes en nuestra toponimia porque con el tiempo, “Larraín” se corrompió a “La Reina”<sup>71</sup>. Por otro lado, los Ochocientos, así llamada por lo numerosos, un pánzer político que por generaciones venía acaparando los cargos coloniales disponibles para los criollos. Los compinches de los Carrera eran estos últimos.

La alianza, liderada por José Miguel, dio un golpe de Estado —o de feto de Estado— que desarticuló a los moderados. Con la glotonería de siempre, “los Ochocientos” monopolizaron la presidencia del Congreso —en persona del fraile mercedario Joaquín Larraín—, del Tribunal de Justicia y de la Junta Ejecutiva. Ya decía Unamuno que los dos grandes aportes del país vasco a la humanidad fueron la Compañía de Jesús y la República de Chile.

Pero al ávido José Miguel no le acomodaba compartir el poder. Dio un segundo golpe que excluyó a los Ochocientos. Estableció un triunvirato encabezado por él en representación de Santiago, e integrado por José Gaspar Marín por Coquimbo y Martínez de Rozas por Concepción. Como el mendocino estaba ausente, Bernardo O’Higgins galleteó en su lugar. Con 26 años, Carrera era la máxima autoridad del país.

A las tres semanas notó que dialogar con el Congreso era muy engorroso y lo disolvió. Era su tercer golpe.

Ante tales atropellos, Martínez de Rozas intentó hacerse fuerte en Concepción, apoyado por el círculo de notables. Carrera no iba a admitir tal cosa. Orquestó una asonada popular contra las autoridades rocistas y las echó por tierra. El escorpionista fue exiliado a Mendoza, donde moriría pocos meses después.

De a poco, esto fue agarrando pinta de país independiente. Se promulgaron los primeros cuerpos jurídicos propios, incluyendo

leyes y un reglamento constitucional provisorio que, si bien consagraba a Fernando VII como rey, lo reducía a una figura simbólica. Era una fórmula para solo aparentar fidelidad.

Juan Egaña, Manuel de Salas y Fray Camilo Henríquez dieron forma al Instituto Nacional, a la vez colegio y universidad. A juicio de Salas, era urgente para apuntalar, como diríamos hoy, el paupérrimo capital humano. Decía que por aquí apenas si se encontraban “herrerros toscos, plateros sin gusto, carpinteros sin principios, albañiles sin arquitectura, pintores sin dibujo, sastres imitadores, zapateros tramposos”.

Nació la Biblioteca Nacional y la *Aurora de Chile*, el primer periódico, con el epígrafe “Viva la Unión, la Patria y el Rei”, cada uno de cuyos números Carrera leía primero y censuraba a gusto. La sucedió un periódico llamado *El Monitor Araucano*. Hoy la nomenclatura puede sorprender, pero en aquel entonces “araucano” era un sinónimo de “chileno”. Carrera solía referirse a la contienda contra España como “la guerra de independencia araucana”. Entre 1830 y 1877, en paralelo a la brutal ocupación del Wallmapu, el equivalente del actual *Diario Oficial* se llamó *El Araucano*, una publicación prestigiosa entre cuyos colaboradores se contaba Andrés Bello.

Se creó una bandera con franjas azul, blanca y amarilla. También un escudo, que mostraba una pareja de indígenas. Él, armado de macana y lanza. Ella, con arco y en *topless*. Eran los mapuches del viejo Ercilla, no los que por esos años señoreaban a ambos lados de Los Andes. Encima, el lema *post tenebras lux*, “después de las tinieblas, la luz”, harto más presentable que el intimidatorio “por la razón o la fuerza”. Claro que de todos modos la bajada era *Aut consilio aut ense*, “o por consejo o por espada”.

A instancias de Manuel de Salas —Taitita Salas lo apodaban— se implantó la libertad de vientres: los hijos de las esclavas serían libres. Como además se prohibían nuevos desembarcos de esclavos, de acuerdo con este plan se extinguirían en algunas décadas. Algunos amos hicieron abortar a las mujeres de su posesión

porque los hijos libres serían solo gastos, y cuando lograban dar a luz convencían a los párrocos de inscribirlos como esclavos.

Durante los siguientes tres años, la constante iba a ser los desacuerdos entre carreristas, partidarios de cortar de plano con España, y moderados, encabezados primero por el abogado e intelectual José Miguel Infante y luego por Bernardo O'Higgins.

Pero en Madrid, ya podrá usted imaginar, no se iban a resignar así como así a la amputación de tan estupendo terreno con vista al mar.

## **La Reconquista**